

puede retroceder, no quiere ya retroceder. Lo enfrentará. Enfrentará, por fin, a la vida.

Lo que impresiona en este escritor es la profunda autenticidad de sus encontradas orientaciones afectivas y conceptuales y los denodados esfuerzos que realiza en torno a entenderlas, a jerarquizarlas y, sobre todo, en torno a convertirlas en una concepción coherente y satisfactoria de esta vida que tanto lo desconcierta y angustia. Nadie puede decir, ni siquiera él mismo, a dónde irá a parar semejante proceso, pero no puede negarse que en sus zozobradas alternativas se sustenta un escritor joven de gran calidad y en pleno desarrollo.

Yerko Moretić

*

<https://doi.org/10.29393/At387-29SMJJ10029>

Sangre de Murciélago, novela de Juan Godoy.

Prensa Latinoamericana, Santiago de Chile, 1959

Maduro ya, la obra literaria de Juan Godoy, chillanejo, no es frondosa. Tres novelas y un libro de cuentos. Y los cuatro, en general, breves. Su honestidad estilística, su aguda inteligencia, inteligencia extraordinaria; su fraternidad sin segundo y su apetito vital de existencia, que se prodiga a destajo en las esquinas, calles y bares de Santiago, no se prestan, ni se prestarán, para la acumulación de nombres en su ficha bibliográfica. Gran suerte para el país y su literatura. De lo bueno, poco y, si breve, mejor. En Godoy se dan dos tipos de novelista: el que escribe y el que vive. No sé cuál de ambos es más valioso. Si Chile contara con un escritor de vuelo atrevido, de vuelo psicológico, que tomara en sus manos la tarea de escribir la novela del drama de la inteligencia chilena, del choque violento entre lo nacional y lo universal; de las luchas entre los valores supremos del espíritu y el llamado profundo de la tierra; entre lo intuitivo y lo racional; de la aspiración hacia las formas luminosas del raciocinio y de la embriaguez epidérmica de lo cotidiano y obscuro, tendría que elevar a Juan Godoy a la categoría de símbolo. Godoy es la audaz aventura mental de Chile, su ilusión y su fracaso; la vela desplegada de la esperanza, en los cánones de Apolo, y la catástrofe rompiéndose en la costa, en la flauta de Dionisios. Todo esto se encuentra en sus libros y en su vida. Sólo

él, atormentado y luminoso, caótico y clarividente, soberbio y humilde, puede expresar las angustias y los sueños azules del artista frente a la naturaleza y en la contemplación abismal de su obra. Que lo diga Ordóñez, el escultor de *Sangre de Murciélagos*, al descubrir su estatua desnuda que él se queda mirándola en éxtasis:

“—Yo diría tantas cosas —¡Humo mío, áspera mía, llanto!— acerca de un indicio, acerca del blanco del ojo: es una causa córnea, un hueso de pescado, la oquedad de la nieve en la piedra de la angustia, una babosa blanca en torno a un agua muerta, una causa de luz mutilada, una cosa de espanto—. Comenzó a pasearse, a pasos acompasados, la mirada en el vacío. —¡Tanto he dicho yo acerca del blanco del ojo!: ese blanco donde cae la estrella, ese blanco que es color de muerte o el terrible brillo de los hospitales, ese blanco simétrico con los dientes y su sonrisa, que hace bella a la diosa voluptuosa, ese blanco donde están las fosas nasales y su enlazarse con los muertos y el suspiro donde sopló Dios—. Y acercándose a su creación, los ojos semicerrados, las manos^o anhelantes, crispado el pulgar de espátula: —Sin embargo, reside en tu rostro y te hace hermosa y se te desvía apenas la pupila, te llena la cara de luz velada, húmeda y alucinada, donde acecha el aguijón de dulzura de la muerte. Estoy seguro que si te tocara con un lápiz en el blanco de los dientes y en tu sonrisa, te morirías, querida, ya alejada de la fascinación, ya sola en el blanco del ojo, en el blanco muerto del ojo, en el blanco de la verdad, congelada y real.”

Juan Godoy nació en Chillán el 7 de junio de 1911. Un poco más de un año reside allí. Después, Osorno, Puerto Montt, Ancud. El mar se queda en las honduras de su espíritu. Su país le parecerá “un gran surco de olas”. En seguida, Antofagasta y la escuela primaria. El mar y la pampa. Desolación en el agua y desolación en la tierra. Dos angustias muy pesadas para el espíritu y la fantasía de un niño. El tercer año de humanidades lo cursa en Santiago. Su profesor de castellano es Mariano Latorre. Gran hombre, gran maestro, gran escritor. En 1938 se titula de profesor de castellano. Alumno excelente, destacado en Gramática, Filosofía, Literatura. Profesor de selección. Sólida cultura sistemática y libre vía para la imaginación en sus meditaciones

lecturas de poesía, de la mejor y más rigurosa. En su prosa rítmica se patentiza su huella. En sus metáforas brillantes se concentra su esencia. Es el más poético de nuestros narradores. Hondura filosófica y musicalidad lírica son sus armas victoriosas.

Su novela *Sangre de Murciélagos* gira en torno de la vida de un grupo de huéspedes del Instituto de Reeducción Mental, toxicómanos, bebedores pantagruélicos. Juan Godoy es uno de ellos. Su embriaguez adquiere los contornos de lo nacional. No pudo ser reeducado. Bebe como de costumbre, echado a la espalda el fracaso de la teoría freudiana, del psicoanálisis, de la psicología terapéutica, de los pobres recursos de la ciencia médica. Novela en parte autobiográfica, espesa y clara, deforme y clásica, idealista y tétrica, como una inmensa borrachera que pasa por todos los grados de la ilusión y la catástrofe, contada con la serenidad rural del paisaje y con la fuerza atormentada de la inteligencia herida por el ramalazo de los vinos anteriores. Grupo alcohólico de elevado nivel intelectual. Artistas, médicos, profesores, carabineros de alta graduación, funcionarios especializados y otros de parecido linaje. No debe extrañar la naturaleza insólita, ingeniosa, irónica, trascendental del diálogo de estos alcohólicos que, al igual que los locos, en las noches “tejían —arañas mentales— sus sueños invisibles”, “y en cuyo cerebro anidaba un pájaro de helado fuego”. En el galpón o cobijo de doña Lucrecia, donde estos ilustres huéspedes bebían su café curativo, abren los extraños visitantes las compuertas del recuerdo y dejan correr el agua viscosa de su vida, vida a medias, frustrada por una realidad más fuerte que las circunstancias. Extraña poesía mana del ambiente. Reflexiones penetrantes y burlas sangrientas por su mordacidad lógica le imprimen desde un comienzo al libro un sello de humanidad doliente, distante, neblinosa, arrastrada. Juan Godoy, como siempre, es inimitable en la pintura de la naturaleza, en la descripción corta de un personaje y en la fraseología puntiaguda y filosófica.

“Yo contemplaba desde el altozano el rescoldo de cobre de las retorcidas vides, las hojas crispadas, doradas a fuego, por el otoño, que envolvían el caserío, llevadas por el viento; los árboles desnudos que agonizaban en nuestro valle; la llama azulencas y dorada de la corteza de los zapallos, y esas coles de plomo y los crujientes repollos como hogueras frías. Eran la llama

fantasma de su fuego. El eco de su corazón desgarrado.” — “El borracho nos miraba con un solo ojo, amarillo y sanguinolento, ojo anatómico. Acaso como veía doble, perdido el control de los nervios y los músculos de su ojo degollado, no nos abarcaba a todos con su mirada.” — “El loco quizá lo único que ha extraviado es la impronta colectiva. Antes de angustiarse como rebaño, prefiere su soledad.”

La mañana fría y húmeda baña los cuerpos del curioso grupo de alcohólicos y médico de guardia. El escultor y ceramista Ordóñez; el médico Benavides Almagro; el doctor Carlos Véliz, gastroenterólogo y profesor de terapéutica; Ambrosio Iribarren, profesor de preparatorias de un colegio congregacionista; Juan Hormazábal, teniente de carabineros; Virgino Campodónico, funcionario de Aduana; Manuel Ruiz, estudiante de leyes; Marcelo Tagle, de medicina, y el profesor de psicología del niño, que hace el gasto de la narración, entre los principales. Por su vicio, todos ellos “ex”. La vida de cada uno, la normal, sociable y reglamentada por la moral abstemia, concluye de repente. Caen en el pozo sin fin del vino, pierden su situación, arrastran su conducta de bebedores contumaces y van a dar con sus huesos al Instituto de Toxicómanos. De mente lúcida y diestros en el ejercicio de las ideas, da gusto oírles hablar de su mundo, de su pasado, de los tratamientos psíquicos, de la locura, de la embriaguez, el sexo, el psicoanálisis, el pueblo chileno. Diálogo intelectualizado, forma transparente, intención profunda. En determinadas páginas desaparece el novelista y entra en escena el ensayista. Defecto impuesto por la materia. En el capítulo titulado “Los murciélagos”, los comensales —es la hora del almuerzo— enhebran su conversación substancial, nunca superficial ni rutinaria. Están picados por el tábano socrático y no desperdician ocasión para mofarse de sus propias miserias y asomarse al mundo misterioso de la razón analítica. Sabrosísimo es el sueño de Ordóñez y la pérdida de su hígado. Os lo recomiendo. Su relato sobre sus relaciones con el nuevo condiscípulo, *Sangre de Murciélago* constituye una pieza literaria de metal bruñido. La escena del vaso de agua, casi al final del capítulo, me recuerda el cuento “El vaso de leche”, de Manuel Rojas. Tierna y dramática. “Sheva” es un remanso amoroso en el libro. El primer amor del profesor de psicología del niño. Reminiscencias de Antofagasta, rincones

de Santiago que Juan Godoy habitualmente recorre, naturalidad de estilo, prosa desnuda de artificios, lo real y lo ideal en un mismo plano de belleza y de sentimiento. Será después su querida, sin perder gran parte de su carácter primitivo. Bien aprovechada la siesta en vigilia del psicólogo. Observen esta, como tantas otras, viñeta:

“Santiago me pareció una ciudad fea y hostil como una beata bigotuda e intrigante. Llena de iglesias y huertos cercados, sin la luminosidad del mar y los reflejos metálicos de mis cerros estériles, pero cuajados de tesoros. Me parecían dulces hasta sus jotes revolando en anchos círculos sobre un asno muerto. O los grandes monstruos que arrojaba el mar y que se pudrían en las playas o sobre las rocas cuyos huiros peinaban las olas tumultuosas.”

En los capítulos “Su ola bota a la orilla...”, “El Jote” y “¡No me vencerás...!” la novela toma el sendero de la crítica social, leve, sarcástica, sin ponzoña, a través de Edwards, morfinómano incurable; de don Vicho Pérez, campesino, y su historia del Jote, y del doctor Véliz, agudo como saeta cuando se halla liberado de sus depresiones orgánicas. A esta altura de la novela, la figura del escultor Ordóñez ocupa el lugar principal, a pesar de su sobria presentación en el seno del grupo. La segunda parte del libro es la más tersa y lograda en su condición novelística. Abandono del preciosismo estilístico, hilvanada en su discurrir, nudo del relato y exhibición descarnada del alma del autor, porque Ordóñez, por mi conocimiento de Juan Godoy, es parte de su yo, ligeramente desviado de su curso normal, personalísimo. Reconozco aquí a varios amigos comunes, a familiares del novelista, sectores de su ambiente, ideas, reflexiones, esperanzas, fracasos. Juan Godoy en muchas personas. En su primera novela, *Angurrientos*, estaban los años de la adolescencia y juventud de Godoy, en el medio estudiantil y en el hogareño. En *Sangre de Muriélagos* aparece ya el profesor en sus nuevas aventuras sociales y psicológicas, pero siempre atado al catre de la familia. La experiencia se ha enriquecido y la ternura ha suavizado sus alas de comprensión humana. El escritor ha meditado bastante, ha sufrido sin medida. Se nota menos insolente en su desafío a la sociedad y más solitario en sus cogitaciones. Está quedándose solo, triste, desamparado. No obs-

tante la fuerza de su inspiración y el naturalismo caricaturesco de escenas y actos populares, íntimos, le encuentro la tristeza de Cervantes. Se salva, sin embargo, por su comunión espiritual con la naturaleza. Acuciosas lecturas de Gabriel Miró, Azorín y Latorre le dejaron el gusto por la frase artesanal y brillante, con el hálito renovador de los grandes prosistas y poetas franceses e hispanoamericanos. Su panorama ideológico hay que ir a encontrarlo en los novelistas rusos, filósofos alemanes y círculos intelectuales chilenos. Así es Juan Godoy, hombre y niño, atormentado y sereno, resplandeciente y barroco, a un paso de la gran literatura, de la maestra e inolvidable. Si el vino no le derrota el organismo, su luz espiritual irradiará sobre Hispanoamérica.

Otra muestra de su perfección:

“Sucedieron días mustios, con lloviznas tristes, musgosas. Ojo desencajado, nublado por las lágrimas. Todo el paisaje estaba marchito, y las hojas secas, muriendo en un barro chirle —sin aire, deshuesadas, podrida la nervadura lacia—, como babosas lentamente escurriendo en su propia muerte. Después se derramó el cielo. Y amaneció la tierra pétrea, el agua rugosa, los troncos de los árboles vítreos, rezumando gotas; el pasto, espolvoreando escarcha. La mañana era una inmensa campana de plata, de pupila herida de sol y luz helada. A los sesgados rayos, encendieron sus rugosos cobres las vides y las alamedas; su verde puro el pastizal; su óleo las hojas de los tupidos peumos. Se doraban los tejados; alzábese muy alto el humo gris, quebrando sus corolas en la altura. Se llenó de majestad la montaña y la alta sierra, ceñida de nieve dura que reflejaba todo el oro del sol. Unas vacas mugían en los establos, junto a un alto silo. El bramido de un rojo toro, en medio del campo, mellaba la rubia sonoridad de la mañana.”

Difícil de superar. Los recuerdos de Ordóñez son magistrales, revestidos de hondura filosófica y de encanto poético. Los conversa con el paidólogo en uno de sus paseos rituales. Las vivencias, frescas aún, de un pozo de Chiloé; los panes y las cucharillas de plata derramados en el océano; la muerte de la gaviota a manos de su padre; el basural de Puerto Montt y los moscos azules; la cola de fue-

go de un pueblo del sur y la visión del fin del mundo desde el vientre de la madre; las confesiones de su adolescencia en un barrio de la capital; su vida de casado, en Recoleta abajo, y su amor por Cona; el origen de su apetencia por el vino; el asesinato de los pollos blancos, el hogar deshecho, sus noches en la prisión, su eterno conflicto entre la razón y el instinto. Fuerte, vivo, tierno, sensual el relato. Admirable. Juan Godoy, por último, le da muerte a su personaje, matándose a sí mismo. Un tren nocturno le tritura entre sus fierros, después de una borrachera descomunal. "Sus sesos derramados sobre el fósforo azulado de los rieles huían sobre ellos hacia lo alto, hacia una estrella acuosa que parpadeaba como una lágrima azul..."

La novela no es coherente. Fue escrita a retazos, en hojas de cuaderno, cubiertas de libros, en libretas de ocasión. Como lo hacía Ercilla en la guerra de Arauco. En Godoy esto es un hábito, una técnica. Por eso los paralelismos en sus obras, los pequeños cuadros, la zozobra por los capítulos largos. Cuesta seguirle. Pero, acostumbrado uno, no se despega de su sombra, sombra tan chilena y, al mismo tiempo, tan universal. Sombra de artista.

Jorge Jobet.

*

Saludos al pasar, por Salvador Reyes.

Editorial del Pacífico, 1959

El celebrado autor de "Mónica Sanders" y de "Valparaíso, puerto de nostalgia", ha reunido una gavilla de crónicas bajo el título de "Saludos al pasar", en las que resume algunas de sus impresiones de viajero impenitente.

Salvador Reyes comienza participándonos sus impresiones sobre París en la época de la ocupación por las tropas alemanas, en que toda la clásica alegría francesa quedó reducida al silencio, aguardando el instante del renacimiento. A pesar de sus palabras de que "la crónica de viajes se ha convertido en un género difícil, porque el cine, la radio y la televisión han vulgarizado e intercambiado las imágenes que antes pertenecían solamente a una élite de escritores errantes", nos presenta un novedoso e interesante mosaico de cálidas vivencias.